

El terrible pecado de la Apostasía (Cuarta parte)

Hebreos 10:26-31

Introducción:

En la sesión pasada dedicamos bastante tiempo para insistir en que el Espíritu Santo dirige la exhortación contenida en Hebreos 10:26 al 31 a los creyentes, a todos los miembros de las iglesias cristianas. Que esta no es una exhortación dirigida al inconverso o al creyente nominal, sino para todos los creyentes.

Ya hemos dicho que los verdaderos creyentes gozan de la intercesión de Cristo, del perdón completo de sus pecados y ahora son justos delante de Dios. No obstante, ninguna persona debe tener una confianza carnal o vana sobre el tema de la gracia, pues, la gracia obra en nosotros a través de medios.

Somos salvos por gracia, pero la gracia nos capacita para depositar toda nuestra confianza en Cristo. Si no ponemos la fe en Cristo, entonces no estamos en estado de gracia y no podemos tener seguridad de salvación. El Señor nos salva por gracia, pero él usa un medio: La fe. Aunque esta fe es un don de la gracia, no obstante soy yo el que debo creer en Cristo, el Espíritu Santo no lo hará por mí.

Lo mismo sucede con la seguridad de la salvación. Somos salvos por gracia. Pero esta es una gracia perseverante. Tal como dijo Cristo *“Más el que persevera hasta el fin, este será salvo”* (Mt. 24:13). Ahora, nosotros no podemos perseverar por nuestras propias fuerzas, pues, aún somos muy débiles, de manera que el Señor mismo se encarga de preservarnos, de cuidarnos y de completar la obra que empezó en nosotros, en todo esto vemos Su gracia. Pero esta preservación no es algo externo a nosotros, no es algo misterioso que se da en los cielos; no, la preservación del creyente está muy ligada a él, es Dios obrando, a través de los medios que él designa, para que en la vida del creyente se dé un constante crecimiento en santificación, pues, *“la voluntad de Dios es vuestra santificación”* (1 Tes. 4:3) y, otra vez, *“seguid... la santidad, sin la cual nadie verá al Señor”* (Heb. 12:14).

Esta gracia perseverante utiliza medios que no nos dejan dormir tranquilos en nuestros pecados, sino que son como agujas o espinas sobre nuestros lechos, los cuales nos punzan y

nos despiertan cuando estamos a punto de quedar dormidos. Y es que la vida cristiana es un caminar constante, sin parar, sin detenerse, sin entretención, rumbo a la santa Sión. Pero no estamos caminando sobre nubes tranquilas en las alturas celestiales, sino sobre un desierto lleno de serpientes ardientes y ponzoñosas, sobre caminos escarpados llenos de peligros por doquier, rodeados de fieras terribles que tratan de impedir nuestro destino celestial, o al menos estorbarlo para que nuestro progreso en santificación sea lo más débil posible.

Es por eso que el Señor, de manera constante, pone en el caminar del cristiano avisos, advertencias y exhortaciones que nos previenen de sufrir grandes pérdidas. Estos son los medios que utiliza la gracia para que no desmayemos en este propósito que es gozar para siempre de Su gloriosa presencia en la eternidad celestial.

Si no fuera por estas advertencias, entonces nuestra alma correría gran peligro en deleitarse en las cosas de este mundo y abandonar la fe como hizo Demas, o Judas, o Himeneo y Alejandro (1 Tim. 1.20).

Continuemos escuchando la advertencia del terrible peligro que corren nuestras almas si no usamos los medios de la gracia para perseverar en la fe en Cristo.

“El que viola la ley de Moisés, por el testimonio de dos o tres testigos muere irremisiblemente ¿Cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que pisoteare al Hijo de Dios, y tuviere por inmunda la sangre del pacto en la cual fue santificado, e hiciere afrenta al Espíritu de gracia? (v. 28-29).

El autor, luego de mencionar los principales medios para que el cristiano se mantenga constante en la fe (v. 22-25), procedió a exhortar a sus lectores para que perseveren, y no caigan en el continuo pecar que los conduzca a la apostasía, y para ello da algunas razones de peso.

En primer lugar, por el carácter terrible de la apostasía: este es un pecado voluntario y soberbio que se comete en contra de la luz y el conocimiento que ya se tiene (v. 26).

En segundo lugar, por el estado terrible de esta categoría de pecados: para ellos no sirve ningún sacrificio, no hay provisión en la sangre de Cristo, solo les espera el juicio de la ira de Dios.

En tercer lugar, por la severidad del juicio de Dios que es mostrada en el ejemplo de la Ley de Moisés (v. 28-29).

En cuarto lugar, por lo que la Escritura afirma será la venganza de la justicia de Dios (v. 30-31).

“El que viola la Ley de Moisés, por el testimonio de dos o tres testigos muere irremisiblemente” En algunas versiones se traduce: *que muera sin misericordia*. Esta es la confirmación que el autor de la carta da para confirmar la sentencia dictada contra el apóstata cristiano de los versos 26 y 27. En el pasado la justicia de Dios fue terrible en contra de los que violaban desafiadamente la Ley de Moisés. Por lo tanto, si el que despreciaba la Ley de Moisés se trató sin piedad ¿Cuánto más grave debe ser el castigo impuesto a los que desprecian la autoridad del evangelio? Los casos de violación de la Ley Moisés, para los cuales no había posibilidad de perdón o misericordia, están relacionados con aquellos que hacían caso omiso de la Ley, que renunciaban a la autoridad de esta ley, y con determinación y obstinación se negaban a cumplir con sus requerimientos. El violador de la Ley sufría la pena de muerte. Es probable que pasajes como Deuteronomio 13:6-9; 17:2-7 estuvieron en la mente del autor sagrado.

Por la gravedad de la pena que recibía el infractor de la ley de Moisés ¿Cuánto mayor castigo pensáis que será digno de recibir el que pisoteare al Hijo de Dios? La lógica del autor de la carta a los Hebreos es contraria a la manifestada por la teología corrupta de buena parte de la cristiandad hoy día. La idea popular en estos tiempos degenerados es que bajo el régimen del evangelio, o lo que algunos llaman “la dispensación de la gracia”, Dios ha actuado, actúa y actuará mucho más levemente con los transgresores, que como lo hizo bajo la economía mosaica. Pero eso es lo opuesto a la verdad.

Ninguno de los juicios del cielo ha sido tan severo como el que envió sobre Jerusalén en el año 70 d. C. Tampoco hay comparación alguna entre el trato de Dios con el pueblo del Antiguo Testamento y la terrible severidad con que tratará a los hombres según lo describe el libro del Apocalipsis. Cada desprecio del señorío de Cristo conlleva la reserva de un

lugar más caliente y tormentoso en el infierno, que el que está reservado para los infractores de la Ley en el Antiguo Pacto.

¿Cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que pisoteare al Hijo de Dios, y tuviere por inmunda la sangre del pacto en la cual fue santificado? Hay grados de atrocidad en el pecado (“el que a ti me ha entregado, mayor pecado tiene” Juan 19:11), y hay también hay grados de castigo (“Aquel siervo que conociendo la voluntad de su señor, no se preparó, ni hizo conforme a su voluntad, recibirá muchos azotes. Mas el que sin conocerla hizo cosas dignas de azotes, será azotado poco; porque a todo aquel a quien se haya dado mucho, mucho se le demandará; y al que mucho se le haya confiado, más se le pedirá” Luc. 12:47-48). Aquí en estos pasajes de Hebreos esta verdad enseñada por Jesús se presenta en forma interrogativa con el fin de hurgar la conciencia de cada lector.

Si yo he sido favorecido con un conocimiento del Evangelio (lo cual le ha sido negado a la mitad de la raza humana), si he sido iluminado por el Espíritu Santo (manteniéndose la mayoría de católicos romanos sin esta iluminación), si he profesado haber recibido a Cristo como mi Salvador y lo he alabado por Su gracia redentora, entonces, el terrible castigo, bien merecido, es lo que puedo recibir si ahora desprecio su señorío, me burlo de su autoridad, quebranto sus mandamientos, ando con sus enemigos y sigo pecando presuntuosamente, hasta que termine por cometer la “gran rebelión”.

¿Cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que pisoteare al Hijo de Dios, y tuviere por inmunda la sangre del pacto en la cual fue santificado, e hiciere afrenta al Espíritu de Gracia? En lugar de contentarse con una declaración de la equidad del trato de Dios con los apóstatas, el autor aporta datos adicionales del terrible crimen de la apostasía. Este versículo agrava la situación pues, muestra todo lo que está implicado en este pecado para el cual no hay perdón. Son tres los agravantes:

En primer lugar, el que ha cometido este pecado “*ha pisoteado al Hijo de Dios*”. Una vez más nos llama la atención la forma en que el Espíritu Santo se refiere al Salvador en esta epístola. Aquí no se le llama “Jesús” o “Cristo”, sino, “el Hijo de Dios”, con el fin de poner en relieve la dignidad infinita de aquel que ha sido despreciado. No es un mero hombre, ni

quiera es un ángel, sino nada menos que la Segunda persona de la Santísima Trinidad la que está siendo insultada.

La apostasía consiste en tratar con el mayor desprecio al Señor de la Gloria. ¿Qué podría ser peor? La figura empleada aquí es muy expresiva y solemne: “*Y tuviere por inmunda*” Este es el uso más bajo y despreciable que se le puede dar a una cosa. Esto significa despreciar y rechazar a un objeto como una cosa que no sirve para nada y se aplica a las perlas que son pisoteadas por los cerdos (Mt. 7:6).

Cuando deliberadamente ignoramos las demandas del Hijo de Dios y despreciamos sus mandamientos, estamos pisando su autoridad bajo nuestros pies.

En segundo lugar, “*Y tuviere por inmunda la sangre del pacto en la cual fue santificado...*” John Owen ha señalado de manera certera: “La segunda gravedad de este pecado es su oposición al oficio de Cristo, especialmente a su oficio sacerdotal, y el sacrificio que ofrece en su oficio, llamado aquí *la sangre del pacto*”. En nuestra exposición del capítulo 9 hemos tratado de mostrar en qué sentido la sangre de Cristo fue “*la sangre del pacto*”, es la confirmación del nuevo Pacto con toda su gracia eficaz para los creyentes, es el fundamento de todo el actuar de Dios hacia Cristo en su resurrección, exaltación e intercesión (Heb 13:20). Ahora, el apóstata, por su conducta, trata a la preciosa sangre de Cristo como si fuera una cosa sin valor. Hay muchos grados de apostasía, pero cada vez que damos rienda suelta a nuestros deseos y estos no son mortificados por el amor de Cristo, de manera que nuestra devoción y obediencia a él son opacadas, entonces, de hecho, estamos despreciando la sangre del pacto.

En tercer lugar, “*...e hiciere afrenta al Espíritu de gracia*”. Esto es lo que más agrava la situación. “*a todo aquel que dijere alguna palabra contra el Hijo del Hombre, le será perdonado; pero al que blasfemare contra el Espíritu Santo, no le será perdonado*” Luc. 12:10.

Es por el Espíritu que el cristiano es regenerado, iluminado, convencido y conducido a Cristo. Es el Espíritu el que dirige, alimenta, enseña y santifica al cristiano. A Él debe ser dada toda la reverencia como una persona Divina. A este benefactor Divino debe ser dada toda la gratitud. Qué terrible, entonces, es el pecado de quien le trata con insolencia, del que

desprecia escuchar su encantadora voz, del que desprecia sus súplicas de gracia. La forma más grosera del pecado mencionado en Lucas se refiere a asignar malignamente a Satanás la obra del Espíritu Santo, sin embargo hay grados más leves de este pecado. Amados hermanos, debemos esforzarnos seriamente para evitar contristarlos (Ef. 4:30), debemos ser dóciles a la guía del Espíritu Santo en el caminar de la santidad (Ro. 8:14).

Dice el Señor Todopoderoso: “... *pero miraré a aquel que es pobre y humilde de espíritu, y que tiembla a mi palabra*” (Is. 66:2). Sin duda, si hay un pasaje en toda la Escritura que deba causar “temblor” en cada uno de nosotros, es el que ahora estamos estudiando en la epístola a los Hebreos. No temblamos porque hayamos cometido este terrible pecado de la apostasía, pues, los que lo han cometido ya no tiemblan porque sus conciencias están cauterizadas y Dios los ha entregado a la dureza de su corazón, pero temblamos porque tememos comenzar un curso de retroceso espiritual, que si no es detenido, daría lugar al pecado de la apostasía. Recordemos las palabras de Pablo “*Así que el que piensa estar firme mire que no caiga*” (1 Cor. 10:12). Debemos hacer de las palabras del salmista nuestra oración diaria: “*Sustenta mis pasos en tus caminos, para que mis pies no resbalen*” (Sal. 17:5).

“*Pues conocemos al que dijo: Mía es la venganza, yo daré el pago, dice el Señor. Y otra vez: El Señor juzgará a su pueblo.*” (v. 30). En este versículo hay una confirmación adicional de la terrible severidad y la certeza absoluta del castigo sobre los apóstatas. “*Pues conocemos al que dijo*”. Nuestra atención se dirige ahora al carácter divino, lo que Dios es en sí mismo. Nuestra concepción del carácter divino juega un papel importante en moldear nuestro corazón y regular nuestra conducta, es por eso que el apóstol Pablo ora para que los santos puedan estar “...*creciendo en el conocimiento de Dios*” (Col. 1:10). Es un ejercicio provechoso para el alma estar contemplando a menudo los atributos de Dios, ponderando al Todopoderoso Dios, su santidad inefable, su veracidad incuestionable, su justicia perfecta, su fidelidad absoluta y su ira terrible. Cristo mismo nos ha ordenado “*Y no temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno*” (Mt. 10:28).

Lo mejor del carácter de Dios, lo más positivo, es lo que conocemos (amor, misericordia, bondad, gracia, omnipotencia, omnipresencia), pero poca atención prestamos a las palabras de Cristo. Pensamos que la ira de Dios no será tan grave sobre los pecadores, pero esto se debe a que desconocemos la verdadera naturaleza del pecado porque no lo estamos viendo a la luz de la terrible santidad de Dios, por esa razón no vemos al pecado como lo horrendo que es.

“Pues conocemos al que dijo: Mía es la venganza, yo daré el pago, dice el Señor. Y otra vez: El Señor juzgará a su pueblo.” (v. 30). Esta es una referencia a Deuteronomio 32:35, aunque nuestro autor no cita por palabra por palabra. En este pasaje Moisés estaba recordando el oficio de Dios como Juez de toda la tierra, quien impone su ley justa y aplica su justo castigo sobre los pecadores impenitentes y deliberados.

Aunque en su sabiduría inescrutable a menudo le place abstenerse de descargar su ira – porque *“...soporta con mucha paciencia los vasos de ira preparados para destrucción”* (Ro. 9:22) – sin embargo, Dios pagará a todo transgresor el salario completo que han ganado con sus pecados. Dios soportó por mucho tiempo a los hombres antediluvianos, pero al final los destruyó a través del diluvio. Maravillosa fue su paciencia hacia los sodomitas, pero a su tiempo hizo llover fuego y azufre sobre ellos. Con paciencia increíble él tolera la maldad inconmensurable del mundo, pero el día se acerca rápidamente, cuando él se vengará de todos los que ahora se oponen a él tan resueltamente.

“Y otra vez: El Señor juzgará a su pueblo”. Esta es una cita que nuestro autor hace de Deuteronomio 32:36. Este es un pasaje que habla del cuidado que el Señor ejerce sobre su pueblo, mientras que el autor de la carta está hablando de la venganza sobre los enemigos y apóstatas. Algunos han tenido dificultades con el autor de la carta por el uso que hace de esta cita para sustentar que la ira de Dios vendrá en el juicio contra los apóstatas. Sin embargo, ellos no deben cuestionar al autor de la carta. Cada pasaje de la Escritura tiene una aplicación general y no debe ser limitada a lo que se abordó por primera vez. Si Dios se compromete a proteger a su pueblo, entonces él enviará sus juicios sobre los apóstatas, esta es una forma de protección. Aquí no hay contradicción alguna entre los dos autores sagrados. Dios envió juicios sobre los desobedientes obstinados de su pueblo Israel (1 Cor.

10:5), y él lo hará en el futuro (2 Tes. 1:7-8). La regla que se establece en esta cita de Deuteronomio es que toda la Escritura es igualmente aplicable a todos los casos de igual naturaleza. Lo que Dios habla acerca de los enemigos de su pueblo, también se aplica a los que, en medio del pueblo, rompen y rechazan el pacto.

“¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo!” (v. 31). Esta es la conclusión inevitable que debe extraerse de todo lo que se ha dicho antes. La palabra *“horrenda”* debe producir temblor en todos nosotros, así como Belsasar tembló cuando vio la mano del Señor escribiendo en la pared. *“Caer en manos de...”* es una metáfora que denota la total impotencia de la víctima cuando es capturada por su enemigo. Aquel en cuyas manos cae el apóstata es el *“Dios viviente”*. Un hombre mortal, por muy indignado que esté, no podrá ejecutar su venganza si muere, pero el poder de Dios no está restringido por límites tan estrechos” (Juan Calvino). Siempre y para siempre la ira de Dios estará sobre los objetos de su juicio. Las súplicas de los pecadores no pueden prevalecer sobre él. *“Entonces me llamarán, y no responderé; me buscarán de mañana, y no me hallarán”* (Prov. 1:28). *“Pues también yo procederé con furor; no perdonaré mi ojo, ni tendré misericordia; y gritarán a mis oídos con gran voz, y no los oiré”* (Ez. 8:18).

Por el penitente y el obediente Dios es amado y adorado, pero para el impenitente y el desafiante, Dios debe ser temido. Los malvados puede que ahora se tranquilicen diciendo que en el día del juicio aplacarán la ira de Dios con sus lágrimas; pero ellos encontrarán que no solo su justicia, sino su misericordia también estará indignada y clama por venganza contra ellos. Ahora los hombres pueden estar engañados por las visiones *“de una esperanza más grande”*, pero en el día del juicio ellos descubrirán que esa esperanza era otra de las mentiras de Satanás.

Dice el apóstol Pablo que *“el temor del Señor”* (2 Cor. 5:11) debe motivar a los siervos de Dios para advertir y convencer a los hombres antes de que el día de gracia esté totalmente cerrado. Cuando ese día llegue, ya no tendrán ninguna esperanza de recibir misericordia. En ese día la misericordia de Dios les será adversa.

Aplicaciones:

Para finalizar podemos preguntarnos ¿Cómo hacemos firme nuestra vocación y elección, de manera que no temamos los terrores del juicio divino? El apóstol Pedro responde: *“Vosotros también, poniendo toda diligencia por esto mismo, añadid a vuestra fe virtud, a la virtud, conocimiento; al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad, a la piedad, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor. Porque si estas cosas están en vosotros, y abundan, no os dejarán estar ociosos ni sin fruto en cuanto al conocimiento de nuestro Señor Jesucristo. Pero el que no tiene estas cosas tiene la vista muy corta; es ciego, habiendo olvidado la purificación de sus antiguos pecados. Por lo cual, hermanos, tanto más procurad hacer firme vuestra vocación y elección; porque haciendo estas cosas, no caeréis jamás”* (2 Ped. 1:5-10). Solo añadiendo estas cosas tendremos la seguridad por las Escrituras que no vamos a caer.

Hermanos, no olvidemos que tenemos prescritos los medios para la prevención de la apostasía, para el crecimiento en la fidelidad y la perseverancia:

1. Debemos considerarnos los unos a los otros, para provocarnos al amor y a las buenas obras. Los creyentes deben ser considerados y deben preocuparse por los demás, cariñosamente debemos considerar las necesidades, debilidades y tentaciones de los otros hermanos en la fe, pero esto se debe hacer con amor fraterno, no provocándonos a la ira, sino al amor y a las buenas obras. Debemos estimularnos los unos a los otros para amar más a Cristo, a los hermanos, al prójimo, a nuestros enemigos, amar más la santidad.
2. No abandonar la congregación. Es la voluntad de Cristo que sus discípulos se congreguen en el culto público para orar juntos, escuchar la predicación de la Palabra de Dios y participar de los sacramentos u ordenanzas. “Hubo en tiempo de los apóstoles, y deben estar en todos los siglos, asambleas cristianas para la adoración a Dios, y para la edificación mutua”¹. Parece que en tiempos del autor de la carta a los Hebreos hubo algunos que abandonaron estas asambleas, y así comenzaron a apostatar de la verdadera religión. La comunión con los santos es una gran ayuda y un privilegio, y un buen medio

¹ Matthew, Henry. Matthew Henry Bible Commentary. Hebrews 10. Extraído de: <http://www.ewordtoday.com/comments/hebrews/mh/hebrews10.htm> El 22 de Enero de 2011. (Traducido y adaptado por Julio César Benítez).

para la firmeza y la perseverancia. Nuestros corazones y nuestras manos son mutuamente reforzadas.

3. Exhortarnos los unos a los otros. Exhortarnos a nosotros mismos y a los demás. La exhortación nos advierte del pecado y del peligro del retroceso. Ella nos insta en el deber de velar los unos por los otros, de estar pendiente de nuestros fracasos, nuestras tentaciones, de nuestras corrupciones, de estimularnos por el celo santo de nuestro Dios. Si hacemos todo esto en el espíritu del evangelio, con humildad, cariño y comprensión, entonces estaremos librando nuestras almas y las de los demás hermanos, de caminar en pos de la apostasía.

4. Debemos tener siempre presente que se acerca el día del juicio. Los juicios de Dios descenderán sobre la tierra. Un día estaremos frente al Trono del juez de toda la tierra. Ayudémonos los unos a los otros a estar preparados para ese día, animándonos mutuamente, advirtiéndonos mutuamente. Debemos saber distinguir los tiempos y ver que cada vez está más cerca el momento en el cual comparecemos ante el Soberano Señor.